**MI EXPERIENCIA CON DIOS MI SANADOR**

Salmos 103:1-5

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años leí un libro que mencionaba una analogía utilizando objetos domésticos para ser aplicados a temas espirituales. El autor mencionó la existencia de un “Manual del Fabricante” en varios de los artículos electrodomésticos que compramos, donde se mencionan las precauciones que se deben tomar, qué es lo que nunca se debe hacer, cómo limpiar el aparato, e incluye varias instrucciones cuando el objeto no funciona, o funciona mal. Presenta una garantía, y las direcciones de servicios técnicos. Y el autor del libro dijo que, para los cristianos, el “Manual del Fabricante” es la Biblia. Porque Dios nos fabricó, él nos hizo, y nos dejó instrucciones para que funcionemos bien en el mundo, para que tengamos salud y seamos felices. Pero también nos dejó instrucciones para cuando dejamos de funcionar bien, cuando nos enfermamos y todas las cosas se nos complican. Por eso la Biblia llegó a ser el libro más publicado del mundo y siempre ha batido todos los récords de impresión y venta. Porque en verdad la Biblia es nuestro Manual del Fabricante, es el Manual de Dios.

Cuando nos enfermamos recurrimos a los médicos en sus diferentes especialidades para que nos diagnostiquen, receten medicamentos y en algunos casos, para que nos internen para una cirugía según sea el caso. Pero cuando la enfermedad se prolonga o se agrava, el dolor se vuelve insoportable o cuando todos los recursos médicos llegan a un fin sin solución, o cuando la muerte se hace eminente, comenzamos a pensar en temas más profundos que van más allá de los temas relacionados con nuestro físico, es decir, pensamos en la metafísica, en la realidad del ser, de la existencia, de la teología, es decir, en Dios. Algunos llaman a esto ontología, o “pensamiento ontológico”.

Nos hacemos preguntas como “Esta enfermedad ¿es un castigo de Dios?” ¿Por qué no me sano? La ciencia médica no encuentra la solución, y mi religión me consuela, pero sigo enfermo ¿Será que Dios no existe y si existe por qué no me escucha? ¿Cometí un pecado imperdonable? ¿Se ha olvidado Dios de mí?

No es nada fácil encontrar una respuesta a ésta y otras preguntas sin caer en el reduccionismo o en simplificar todo diciendo que es una cuestión de fe. No obstante, aunque no tengamos respuestas y nos quedemos en silencio, podemos buscar en el “Manual del Fabricante” una orientación y ver qué nos dice Dios.

**I DIOS NOS SANA CUANDO LO OÍMOS ATENTEMENTE.**

Las enfermedades pueden surgir por no escuchar a Dios o no hacer caso de sus mandamientos. Las enfermedades pueden aparecer por no seguir sus consejos tal como los señala Dios en Éxodo 15:26 “Si oyeres atentamente la voz del Señor tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti, porque yo soy Dios tu sanador”

Notemos el condicional “si oyeres atentamente la voz del Señor tu Dios…si hicieres lo recto…si dieres oído a sus mandamientos…si guardares sus estatutos… entonces “ninguna enfermedad te enviaré a ti, porque yo soy Dios tu sanador”. En este caso la enfermedad es enviada por Dios cuando uno no presta atención ni hace caso a sus mandamientos. Así como nos exaspera cuando tenemos algo importante que decir a una persona, y ésta está distraída, y notamos que no está escuchando nada de lo que le estamos diciendo, cuando lo que estamos diciendo es realmente serio, importante, incluso puede ser una cuestión de vida o muerte, así también Dios se exaspera cuando nuestra mente no está puesta en lo que nos está tratando de decirnos. Dios se enoja si no le prestamos atención, y cuando se enoja nos sacude con una enfermedad para que despertemos. Y lo hace porque nos ama como dice Hebreos 12:6 “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” y el azote, a veces, es en la única manera por la cual nos ponemos a pensar en Dios y en arreglar nuestras cuentas con él.

De cuántos males y problemas podríamos ser librados si solamente nos disponemos para atender lo que Dios quiere decirnos. Tal como leemos lo que Dios dijo en Isaías 48:18 “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar.”

Lo más sabio y atinado que podemos hacer si la enfermedad golpea nuestra vida es preguntarle a Dios si quiere enseñarnos alguna importante lección por medio de lo que estamos pasando, o si quiere que hagamos algo que no estamos haciendo, o si debemos disculparnos por algún error o pecado cometido. O también si él esperaba que le prestemos atención y nosotros no le hicimos caso. Porque si es algo de esto y lo enmendamos, entonces no solo Dios será nuestro sanador, sino también nuestra paz será como un río.

**II DIOS NOS SANA POR MEDIO DEL PERDÓN**

Porque la sanidad muchas veces tiene que ver con el perdón. El perdón es la llave que nos abre la puerta de la curación completa. Por eso Jesús, antes de sanar a un paralítico le dijo primeramente “tus pecados te son perdonados”. Y solo después dijo “Levántate, toma tu lecho y anda”. Y al instante el paralítico fue sanado.

En Salmos 103:3 dice “Él (Dios) es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” señalando que el perdón completo precede a la curación de todas las enfermedades. Podemos ver que dice que Dios es “el que perdona todas tus iniquidades”. Una iniquidad es una maldad muy grande, es una perversidad, un abuso o gran injusticia, es una gran obstinación contra Dios. Algunos explican que la iniquidad es “una culpa digna de castigo”. Pero una vez perdonada la iniquidad, añade que Dios es el que “sana TODAS tus dolencias”. No algunas o cierta cantidad de dolencias, sino todas. Las dolencias del cuerpo como son las enfermedades, pero también las dolencias del alma. De ese terrible peso de culpa y malestar que sentimos, como dice Salmos 41:4 “Yo dije: Dios, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque contra ti he pecado”.

Las dolencias del alma a veces se traducen en una profunda tristeza, una depresión y pérdida del deseo de seguir viviendo. Ocasionalmente se debe a negarse a perdonar a otros. Pero cuando uno perdona, también es perdonado y sanado. Y otras veces las dolencias surgen del espíritu, como en los casos de una opresión del diablo. Y Jesús apareció para deshacer las obras del diablo, es decir, para sanar a los oprimidos, como dijo el apóstol Pedro en la casa de Cornelio en Hechos 10:39 “cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”

Y en el evangelio de San Mateo dice “Y se difundió su fama por toda Siria, y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los sanó” (Mateo 4:24)

Algunos presuponen que, para ser liberados de los malos espíritus o demonios, se necesitan siempre largas horas de exorcismo, de lucha con esas potestades, cuando en realidad, en la mayoría de los casos las personas son libres solamente con recibir el perdón de Dios y a Jesucristo en su corazón, sin gritos, ni luchas, ni manifestaciones. Por una sola razón: Cristo es más fuerte. Como dice en 1 Juan 4:4 “Hijitos, vosotros sois de Dios y los habéis vencido, porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo”

**III DIOS NOS SANA POR MEDIO DE LA FE**

Cuando Jesús dijo “Si puedes creer, al que cree todo lo es posible” estaba hablando en serio, porque Dios obra donde encuentra fe y no hay manera que Dios nos escuche si no tenemos fe. Es imposible complacerlo sin fe, como dice Hebreos 11:6 “Porque sin fe es imposible agradar a Dios.”

Por más grande que sea el poder, la unción y la gracia que tenga el que ora por un enfermo, o lo unge con aceite, o pone sobre él sus manos, no pasará nada si el receptor no cree, es decir, si la persona que desea ser sanada es incrédula. Porque ni el propio Jesús pudo hacer milagros donde había incredulidad. En el evangelio según San Marcos dice “Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.” (Marcos 6:5-6)

Podemos notar aquí que Jesús no pudo. “No pudo hacer allí ningún milagro”. No pudo. Quiso hacer milagros pero no pudo porque la gente no tenía fe, no creía que podría hacerlo. Por eso, a diferencia de otros lugares donde Jesús recorrió predicando, enseñando y sanando, en esta región se dedicó solo a enseñar. Pues dice “y recorría las aldeas de alrededor enseñando”.

En otra ocasión Jesús estaba enseñando dentro de una casa, cuando cuatro hombres abrieron el techo y bajaron en una camilla a un paralítico para que Jesús lo sanara. Los que lo escuchaban en la casa no tenían fe, pero Jesús miró a su alrededor y vio fe en los que trajeron al paralítico. Vio la fe de ellos. Eso fue suficiente. En Mateo 9:2 dice “Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama, y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Porque Jesús no solo vio la fe de sus amigos, sino que vio la culpa que tenía el enfermo, que pensaba que sus pecados serían un gran obstáculo para que él fuera sanado. Por eso Jesús, antes de sanarlo, le aseguró que sus pecados han sido perdonados. Y recién entonces le dijo “Levántate, toma tu cama y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa” (9:6)

La melodía más dulce y hermosa que podemos oír cuando nos sentimos mal porque le hemos fallado al Señor, es la melodía de las palabras de nuestro Jesucristo cuando nos dice “Tus pecados te son perdonados” Porque la traba para recibir un milagro, una sanidad o una bendición ha sido quitada, para que renazca la fe.

**IV DIOS NOS SANA POR MEDIO DE LA IGLESIA**

Y aquí, cuando nos referimos a la iglesia, no estamos hablando de un edificio, ni de una institución jerárquica, ni de una denominación particular, sino de la reunión de un grupo de cristianos para cantar juntos, para adorar al Señor, para orar unos por otros y por la comunidad y el país, para leer la Biblia, estudiarla y escuchar una predicación o un mensaje inspirado por Dios. Este es el significado más puro de la palabra “iglesia”, porque la definición etimológica de la palabra “iglesia” o ekklesía en griego, significa “asamblea, o reunión”.

Si la iglesia fuera otra cosa, las palabras del apóstol Pablo a los Corintios no tendría sentido. Pero cobra un sentido pleno cuando leemos “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas, y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” (1 Corintios 12:7-11)

Mas adelante indicó que a todos los que están en la iglesia los puso Dios. No solo los puso para que se reúnan sino para que ejerciten sus dones espirituales, diciendo “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente, apóstoles, luego profetas, lo tercer maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Corintios 12:28)

Podemos observar que Dios puso en la iglesia “los que hacen milagros, y después los que sanan”. Y en el caso que Dios no los haya puesto, es un deber de la iglesia reclamar a Dios que ponga en ella “a los que hacen milagros y a los que sanan”, diciendo “Procurad, pues, los dones mejores” (1 Corintios 12:31) y “Seguid el amor, y procurad los dones espirituales” (1 Corintios 14:1) De aquí deducimos que las iglesias locales, en gran parte, no poseen aun algunos dones del Espíritu Santo, por lo que deben pedirlos a Dios si les están haciendo falta.

De esta manera Dios sana por medio de la iglesia. La iglesia se convierte en un instrumento terapéutico para la comunidad que se reúne y que ora por los que se encuentran enfermos.

CONCLUSIÓN:

Estas son las grandes lecciones sobre la sanidad y los milagros que hemos aprendido de la Biblia, el “Manual del Fabricante” para guiar nuestra vida. Como vemos, son lecciones sencillas que todos pueden comprender y aplicar cuando caen enfermos o alguien en su familia es hospitalizado.

Hemos aprendido que podemos evitar muchos males y enfermedades si oímos atentamente la voz de Dios y hacemos lo que nos pide que hagamos. Porque seguir su consejo es nuestra mejor profilaxis para mantener nuestra salud física y espiritual.

Hemos aprendido también que Dios nos sana por medio del perdón y que el perdón de Dios es la llave para abrir la puerta de la sanidad completa. Dios es el que perdona todas nuestras iniquidades y sana todas nuestras dolencias. Pero no solamente el perdón de Dios sana, sino nuestro perdón para aquellos que nos dañaron o nos hicieron algún mal. Cuando perdonamos, nosotros somos los más grandes beneficiados. El perdón beneficia más al que perdona que al que es perdonado.

Además, hemos aprendido que Dios sana por medio de la fe, porque “al que cree todo es posible”. Porque donde aparece la fe, también aparece el milagro de sanidad. En el libro de Los Hechos se nos dice que en la ciudad de Listra había un hombre cojo de nacimiento, que nunca había andado, “éste oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él los ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies; el saltó y anduvo” (Hechos 14:7-10) La única razón porque este paralítico fuese sanado, fue que Pablo vio en su rostro y en sus ojos “fe para ser sanado”

Pero también hemos aprendido que Dios sana por medio de la iglesia cuando los dones del Espíritu Santo se ejercitan. Porque en las reuniones de la iglesia está Jesucristo, porque le creemos cuando él dijo “Porque donde están dos o tres congregados (reunidos) en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20) Claramente aquí Jesús dijo que está presente en cada reunión de la iglesia. Y si alguien piensa que no es necesario congregarse en la iglesia, puede perder su comunión con Jesús. Es que Dios también sana por medio de la iglesia.

El Señor está aquí y te llama, como se le dijo a María, la hermana de Lázaro que estaba en su casa llorando. “El Maestro está aquí y te llama” (Juan 11:28) Jesucristo está aquí y te llama porque quiere hacer algo grande en tu vida.